sin quedar ninguna memoria de ellos. Dicen algunos que se murieron de hambre, porque no comían lo que el cuerpo les demandaba y que andaban entre las gentes como bestias en el campo, no atendiendo a más que a comer y vivir la vida, hasta que les llegó la muerte.

CAPÍTULO XIV. *Cómo los tultecas moraron estas tierras de la Nueva España después de los gigantes y se dice cómo se acabaron y destruyeron*

OS TULTECAS (según historias antiguas) fueron segundos pobladores de estas tierras, después de los gigantes referidos en el capítulo pasado, en especial en este rincón y parte que se llama Nueva España. Estos tultecas ocupaban estas provincias como señores propietarios de ellas. Dicen de ellos que tuvieron noticia de la creación del mundo y cómo fue destruida la gente de él por el Diluvio y otras muchas cosas que ellos tenían en pintura y historia. Y dicen también que tuvieron noticia de cómo otra vez se ha de acabar el mundo por consumación de fuego, que debió de ser lo mismo que se dice de los antiguos que pusieron muchas cosas en dos columnas; una de metal y otra de ladrillo o piedra, porque si viniese algún incendio permaneciese la columna de ladrillo; pero como no tengo toda la certidumbre de este caso, que la verdad de él requiere, no curo mucho de ahondar en este sentimiento. Sólo digo que tulteca quiere decir hombre artífice, porque los de esta nación fueron grandes artífices, como hoy día se ve en muchas partes de esta Nueva España, y las ruinas de sus principales edificios, como es en el pueblo de San Juan Teotihuacan, en el de Tulla y Cholulla y otros muchos pueblos y ciudades. Estos tultecas dicen que vinieron de hacia la parte del poniente y que trajeron siete señores o capitanes llamados Tzacatl, Chalcatzin, Ehecatzin, Cohuatzon, Tzihuac-Cohuatl, Tlapalmetzotzin y el séptimo y último Metzotzin. Y trajeron consigo muchas gentes, así de mujeres como de hombres y que fueron desterrados de su patria y nación. Y dicen de ellos que trajeron el maíz, algodón y las demás semillas y legumbres que hay en esta tierra; y que fueron grandes artífices de labrar oro y piedras preciosas y otras muchas curiosidades.

Salieron de su patria (que se llamaba Huehuetlapalan) el año que ellos llamaban, ce tecpatl; y anduvieron ciento y cuatro años vagueando por diversas partes de este Nuevo Mundo hasta llegar a Tulantzinco, donde contaron una edad, que contenía de tiempo desde que salieron de su tierra y patria; y la primera ciudad que fundaron fue Tulla, doce leguas de esta de Mexico, a la parte del norte y más de otras catorce del sitio referido de Tulantzinco, que por entonces no les debió de agradar aunque es bueno y lo dejaron al oriente y se metieron en este dicho de Tulla, al poniente. De este lugar el primer rey que tuvieron se llamó Chalchiuhtlanextzin y comenzó a gobernar el año, chicome acatl, el cual murió a los cincuenta y

dos años de su gobierno. Y luego le sucedió Ixtlilcuechahuac, en el mismo año y gobernó otros tantos años, porque tenían por ley, estos tultecas, que sus reyes no habían de gobernar más que cincuenta y dos años, ni tampoco menos, si tenían vida y ellos quisiesen; porque este número era su xiuhtlalpile (que llamaban una edad) y luego entraba a gobernar el sucesor, cumplidos los cincuenta y dos años, aunque estuviese vivo su padre; y si moría antes de cumplir este número gobernaba la república hasta llegar al año dicho y luego metían en el gobierno al que legítimamente le venía. A Ixtlilcuechahuac le sucedió en el reinado Huetzin y a Huetzin, Totepeuh y a Totepeuh, Nacazxoc. A éste, otro llamado Mitl, que edificó el templo de la diosa rana. A éste sucedió la reina Xiuhtzaltzin, la cual gobernó cuatro años. A ésta sucedió Tecpancaltzin, por otro nombre Tolpiltzin, en cuyo tiempo se destruyeron los tultecas. Este rey tuvo dos hijos varones que se llamaron Xilotzin y Pochotl, de los cuales después procedieron los reyes de Culhuacan, que escaparon con otros señores y otros plebeyos en diversas partes de esta Nueva España, especialmente en las riberas de la laguna de Tetzcuco y en las costas del Mar del Sur y Norte; porque como las cosas de la vida mortal todas tienen fin, por estar sujetas a corrupción (que es lo que dice San Pablo) permitió la divina majestad de Dios que estas naciones y gentes se acabasen y llegasen a tener fin y se introdujesen otras que les siguiesen y poblasen las provincias, desamparadas y asoladas del tiempo que todo lo consume.

Fueron los tultecas gente crecida de cuerpo y dispuesta (como las historias de los aculhuas cuentan). Andaban vestidos de unas túnicas largas y blancas. Eran poco guerreros y más dados al arte de labrar piedras (que esto quiere decir tulteca, como ya hemos dicho), que a otro arte alguno. El modo de su destruición, perdición y acabamiento (según que se lo oyeron a estos muy pocos, que de ellos quedaron en la tierra) fue, que habiendo sido perseguidos y oprimidos de un cierto rey y reyes, por tiempo de más de quinientos años, pareciéndoles que aquella persecución procedía de tener enojados a sus dioses (que eran grandísimos idólatras) se determinaron de hacer junta general de todos los sacerdotes, príncipes y señores de cuenta que había en el reino, en un lugar llamado Theotihuacan, que cae ahora seis leguas de la gran ciudad de Mexico, a la parte del norte, para hacer fiestas a sus dioses con intento de agradarlos y desenojarlos del gran enojo (que a su parecer) contra ellos tenían. Estando ya juntos y comenzadas sus fiestas con grande concurso de gente, que a la voz de ellas concurrió, en medio de la celebración de ellas se les apareció un gran gigante y comenzó a bailar con ellos; y aunque pudo ser que admitiesen la repentina visión en su compañía, con algún temor que por el que les pudo causar su presencia, por ser demasiado de grande y disforme, los brazos largos y delgados, todavía le hicieron rostro, por parecerles que aquello era inevitable, por venir por ordenación de sus fingidos e indignamente reverenciados dioses; el cual a las vueltas que con ellos iba dando, se iba abrazando con ellos y a cuantos cogía entre los brazos (como otro Hércules a Anteón) les quitaba la vida, enviándolos de ellos seguramente a los de

la muerte. De esta manera y por este modo hizo aquella visión gran matanza aquel día, en los bailantes. Otro día se les apareció el demonio, en figura de otro gigante, con las manos y dedos de ellas muy largos y ahusados y bailando con ellos los fue ensartando en ellos; y de esta manera hizo el demonio aquel día gran matanza en ellos. Otra vez (continuando sus fiestas por ver el fin de ellas y oír el oráculo deseado, por cuyo intento festejaban a sus falsos dioses) se les apareció el mismo demonio en un cerro alto,[1] que está en la dicha parte que le corresponde al poniente, en figura y forma de un niño muy blanco y hermoso sentado sobre una peña y con la cabeza toda podrida, y del hedor grande que de ella salió murieron muchísimos, como heridos de mortal y venenosa ponzoña; viendo los presentes el mal tan grande que su vista y preferencia les había causado, se determinaron a cogerle y arrastrándolo por el suelo llevarle hasta una laguna grande y espaciosa, que poco trecho de este lugar está (que es llamada ahora la de Mexico), y aunque lo intentaron y procuraron con toda fuerza no les fue posible, porque era mayor la del demonio con que se defendía y resistía; en medio de estas bregas, y fuerza con que procuraban los tultecas arrancar el muchacho de aquel lugar y llevarlo a la laguna, se les apareció el demonio y les dijo: que en todo caso les convenía desamparar la tierra, si querían salvar las vidas; porque en la que poseían no les prometía el tiempo sino muertes, ruinas y calamidades y que era imposible huir estos peligros, si no era ausentando los cuerpos; y que les pedía que le siguiesen y se dejasen llevar de él, que él los pondría en salvo y llevaría a partes donde la pasasen con quietud y descanso. Viendo los afligidos tultecas cómo sin remedio crecían sus calamidades y que el más cierto de su reparo era tomar su consejo tuviéronlo por bueno y desamparando la tierra se fueron en su seguimiento; unos hacia la parte del norte y otros hacia la del oriente, conforme se habían repartido en la visión que a cada uno se les había mostrado; y así poblaron a Campech y Quauthemala, según se colige de las historias aculhuas, que son caracteres y figuras con que estos naturales las escribían.

[1] Llámase Hueitepetl, q. d. Cerro grande.